

---

# UN CUERPO



En un sentido biológico, el período de la infancia humana se extiende desde la hora cero del nacimiento hasta mediar la tercera década de la vida. Hace falta tiempo



---

# QUE NACE

para crecer. En los primeros años de su existencia, el ser humano está continuamente perdiendo hábitos y modificándolos. Su «inteligencia» es el producto final de factores múltiples y cambiantes; todas sus aptitudes se relacionan con una sola aptitud integral: la aptitud de crecer.

El crecimiento se convierte, así, en un concepto clave para la interpretación de las diferencias individuales. Existen leyes de continuidad y de maduración que explican las semejanzas generales y las tendencias básicas del desarrollo infantil. Pero no hay dos seres que crezcan exactamente de la misma manera: cada uno tiene un ritmo y un estilo de crecimiento tan característico de su individualidad como sus facciones.

---

## crecimiento y estilo

---

Hay que destacar la uniformidad esencial de los mecanismos evolutivos en todas las edades. El feto, el bebé y el niño están gobernados por las mismas leyes de crecimiento. En realidad, nuestra comprensión del niño sería mucho mayor si tuviésemos en cuenta que sus problemas evolutivos son, en esencia, los mismos de la primera infancia.

El nacimiento señala la llegada de un individuo, pero no su origen. Este se remonta a los periodos embrionario y fetal, durante los cuales toman forma los tejidos y órganos del cuerpo y se establecen, análogamente, los modos de reacción característicos de las diferentes variedades físicas.

Hacia la cuarta semana después de la concepción, el corazón ya late; a las ocho semanas, la cabeza y el tronco hacen pequeñísimos movimientos; a las doce, se flexionan las manos; a las veinticuatro, el pecho puede realizar movimientos rítmicos. Pocas semanas después, todas las funciones fisiológicas están ya lo suficientemente maduras como para asegurar la supervivencia de la criatura después del nacimiento.

En el momento de nacer, el hombre es un ser inacabado que no puede expresarse y que no guardará, cuando se convierta en adulto, ningún recuerdo consciente de esta etapa que, sin embargo, ha debido imprimir huellas en su memoria y, quizá, llegue a jugar un cierto papel en algunos aspectos de su vida imaginativa.

---

## angustia del nacimiento

---

Se ha hablado, incluso, de la «angustia del nacimiento», que sería el prototipo de la angustia humana. Lo que se quiere decir con esto es que el niño, que pasa bruscamente del mundo protegido intra-uterino al mundo exterior, no puede dejar de sentir por ello cierto sufrimiento. En todo caso, es probable que el recién nacido, que vivía de intercambios sangui-

neos con su madre, debe, bruscamente, asegurar por otros medios su supervivencia. Se sabe, de un modo concreto, que el primer grito es también la primera manifestación respiratoria que va a iniciar los movimientos pulmonares. Hay en esto algo de simbólico: el comienzo de la vida extra-uterina está marcado por una manifestación que testimoniará, más tarde, el sufrimiento.

Una vez nacido, el niño debe luchar por su existencia. Poco a poco, se irán coordinando adecuadamente sus diferentes funciones fisiológicas, tales como respiración, regulación de la temperatura, digestión, sueño, etc. Mientras lleva a cabo estos primeros ajustes vitales, el niño parece inseguro, inestable. Sus umbrales de reacción son bajos e inconstantes. Se sobresalta, estornuda, se estremece y llora a la menor provocación. Su respiración y su temperatura son irregulares. Incluso podrá equivocarse de dirección al tragar. Normalmente, supera las tormentas de la adaptación y alcanza, en pocas semanas, una relativa estabilidad. Pero estas primeras transiciones son tan abrumadoras, que solamente a las cuatro semanas podemos decir que el bebé ha nacido totalmente.

No puede trazarse una línea de separación definida entre las funciones fisiológicas y psicológicas. Las satisfacciones, necesidades e impulsos de un bebé están determinadas por las condiciones de todo su organismo, incluyendo su metabolismo, la química de sus humores corporales y el tono de su sistema muscular.

Durante toda la infancia, gran parte de su conducta está directamente relacionada con las complejas funciones de alimentación, sueño y eliminación. La adquisición del lenguaje implica, incluso, una combinación de modos de conducta alimentaria y respiratoria. Las funciones vegetativas «inferiores» se incorporan, así, al creciente sistema de acción y regulan las tendencias temperamentales. El sistema nervioso autónomo que rige estas funciones trabaja en estrecha unión con el sistema nervioso cerebro-espinal, que rige la sensación y el movimiento. El recién nacido posee ya el equipo básico para sentir, percibir y moverse. Su crecimiento mental está ya encaminado.

---

## primer cumpleaños

---

Las transformaciones evolutivas que tienen lugar durante el primer año de vida exceden, con mucho, a las de cualquier otro periodo, si se excluyen los de la fase de gestación. En el transcurso de doce meses el bebé se convierte en un ser complejo, capaz de emociones diversas, de relámpagos de lucidez y de largos y tenaces esfuerzos. Su personalidad y sus diversas aptitudes son el producto de una época de desarrollo extraordinariamente veloz.

Frecuentemente, el recién nacido parece hallarse en una zona intermedia entre el sueño y la vigilia. Parece como si el sueño fuese un modo de conducta en extremo complicado,

y el ritmo del sueño y el de la vigilia necesitaran cierto tiempo para definirse claramente. Son, sobre todo, las excitaciones que provienen del interior de su cuerpo, y, en particular, las que son debidas al hambre, las que le hacen salir de este sopor.

El bebé crece con tanta rapidez en todos los campos de la conducta, que, de un día a otro, aparecen variaciones. Tampoco se ajusta a un programa fijo en sus actividades y deseos espontáneos, y se halla mal preparado para una rutina demasiado rígida. Sin embargo, las características de la conducta del niño de cuatro semanas no son caóticas o amorfas. Por el contrario, encajan perfectamente en una serie genética.

Los músculos más activos y eficaces son, a las cuatro semanas, los de la boca y ojos. El más ligero toque en la región bucal hará que cierre los labios y los frunza. También hará con la cabeza, además de buscar algo, especialmente si la criatura tiene hambre.

El control sobre los doce pequeños músculos que mueven y fijan los globos de los ojos se va haciendo mayor durante el período neonatal. Al bebé de cuatro semanas le complace permanecer con la vista inmóvil durante largos ratos, como en una especie de arrobamiento. La aprehensión ocular pre-

## la boca

El primer contacto del niño con el mundo exterior se establece por medio de la boca (etapa oral), que, además de sus funciones motoras, puede considerarse como una región sensible a través de la cual adquiere una idea de los objetos y de su significado emocional. Así, la manera de satisfacer la necesidad más urgente y frecuente del bebé, la alimentación, tiene mucha importancia para determinar su actitud básica de confianza o desconfianza. Porque las agradables experiencias de la alimentación nutren tanto el cuerpo como su sentido de bienestar emocional y de seguridad.

La boca es, también, una importante región explorativa y sensorial, que trabaja en conjunto con las manos y los ojos. El bebé no puede llegar a conocer un objeto hasta que lo haya mirado, manipulado y succionado. El conocimiento más vivo del mundo que le rodea proviene, pues, por medio de la boca, y solamente más tarde puede subordinarse este modo de percepción a la manipulación y a la visión.



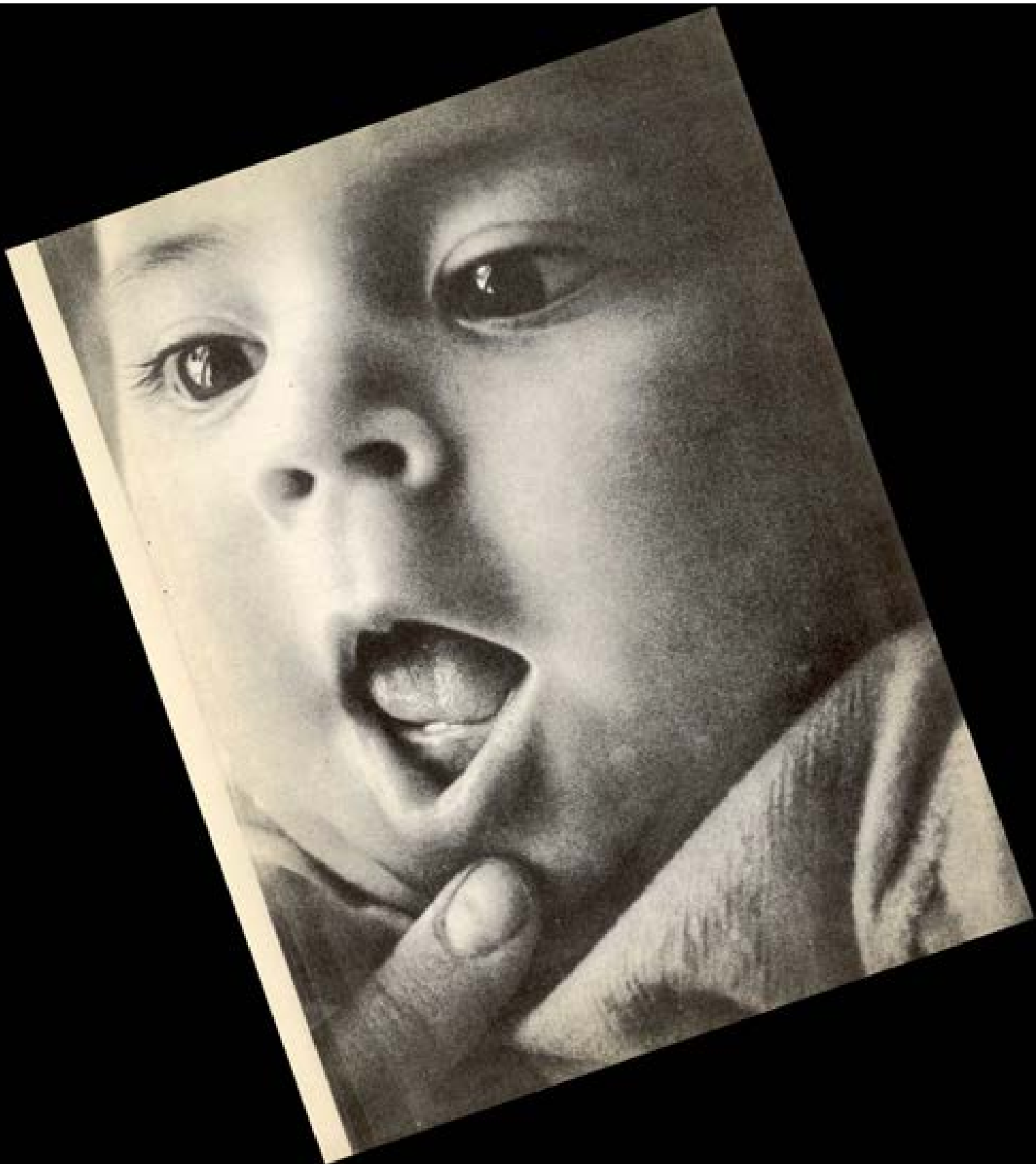
cede a la prensión manual. Por lo general, ambas manos se encuentran cerradas (aún estando abiertos los ojos).

El niño de cuatro semanas presta gran atención a los sonidos. Si se hace sonar una campanilla, se agita ligeramente y cambia de postura. Se trata aquí de un patrón de conducta significativo, de una especie de fijación auditiva o «contemplación» del sonido.

Salvo para llorar, casi no efectúa articulación alguna. El carácter y la intensidad del llanto varían según las causas y circunstancias. Sus vocalizaciones son pobres o faltas de expresión; pero mira y produce sonidos guturales, precursores del balbuceo.

## chuparse el dedo

La succión del pulgar es un «problema» íntimamente relacionado con la alimentación y el carácter oral de la primera infancia. Constituye un mecanismo esencial de los recursos del bebé para su supervivencia. No es, por consiguiente, algo sucio y desagradable que amenaza convertirse en un hábito y que ha de ser curado con medicinas amargas. Durante la primera infancia no se trata aún de un problema, y casi todos





los niños que chupan el dedo dejan de hacerlo espontáneamente antes del fin del período pre-escolar. Si un niño mayor continúa indefinidamente con esta costumbre, habrá que buscar una causa de tipo afectivo.

La succión del pulgar suele ocurrir a la hora de acostarse o en los momentos de tensión, y parece actuar como un medio de interrupción de la comunicación del niño con el medio ambiente, permitiéndole aislarse en el sueño. Junto a la succión se presenta frecuentemente, una variedad de «ritos»: retorcer un mechón de cabello, presionar una oreja, frotar una sábana o acariciar una muñeca favorita. Esto no tiene, en absoluto, ningún significado patológico, como lo consideran muchos padres ansiosos, siempre a la expectativa de que algo anda mal.

## aparato psico-motor

El niño pequeño no habla. No podría informarnos sobre sus sensaciones íntimas si no dispusiéramos de otros variados «mensajes» por medio de movimientos y gritos. Esta «información», si sabemos descifrarla, nos permitirá darnos cuenta de su grado de desarrollo.

Los movimientos, considerados de un modo general, son un signo de vitalidad. Traducen una verdadera necesidad y permiten al niño ejercer sus músculos y tomar, poco a poco, conciencia de su cuerpo. El hecho de que nosotros, los adultos, seamos capaces de ejecutar cierto movimiento más o menos complejo, significa que sabemos dar a nuestros grupos musculares una posición, un grado de tensión determinado. Este aprendizaje de la posición muscular comienza desde el nacimiento.

En el niño muy pequeño, sobre todo en el recién nacido, los movimientos son globales: todo entra en acción a la vez, no son dirigidos (con excepción de los movimientos de los labios y de las mejillas) hacia una meta precisa. A medida que va creciendo, sus movimientos acusarán cada vez más tendencia a estar localizados en ciertos grupos musculares; sobre todo, tenderán a un fin funcional. Esta disciplina progresiva de los movimientos sigue un orden preciso. Los primeros grupos musculares así sometidos a un control están situados cerca de la cabeza, lo cual permite que el bebé, hacia los dos o tres meses, la mantenga erguida, pudiendo permanecer sentado a los ocho o nueve y, en fin, sostenerse de pie y dar sus primeros pasos al año o algo más tarde.

En el estudio de estos movimientos hay que conceder un lugar aparte a los miembros superiores. Hasta los tres meses, los brazos participan en la actividad general, no desempeñan un papel preciso. El niño, puesto en presencia de un objeto, agita sus brazos como una marioneta. Como ha dicho Gesell, se trata de una verdadera actividad profética que presagia la utilización futura de la mano. Esta va, por fin, a responder a su destino a partir de la edad de cuatro o cinco meses. El bebé es, desde entonces, capaz de coger un objeto a su alcance, lo que le permite detallarlo, apreciarlo, palpándolo con una mano y después con la otra, llevándolo, por fin, a la boca. Esta prensión va a llegar a ser precisa rápidamente, permitiendo muy pronto un juego, primero elemental, después más variado.

El niño de siete meses no tiene, prácticamente, más que un gesto a su disposición: golpear la mesa con el objeto que tiene en la mano, actividad que le entusiasma. El uso de la mano del hombre, uso eficaz por el hecho de que el pulgar se opone a los otros dedos, constituye una de nuestras grandes superioridades sobre el animal (otra es el lenguaje). Es decir, que, a partir del primer año, la habilidad manipulativa del niño podrá servir de índice para apreciar el desarrollo de sus facultades intelectuales.

En cuanto a los movimientos de la cara y de los globos oculares, las facciones del bebé son muy poco expresivas

al principio, o, por lo menos, es difícil prejuzgar sus sensaciones fundándose en los movimientos de sus músculos faciales. Hacia la sexta semana, aparece uno de los acontecimientos capitales en el rostro humano: la sonrisa. A los tres o cuatro meses, el niño es capaz de reír a carcajadas y es fácil prever, por el fruncimiento de los músculos de su rostro, que no tardará en llorar. En lo que respecta a los globos oculares, a partir de la edad de tres meses, son capaces de perseguir un objeto que se desplaza. Esta facultad constituye, durante este período, el medio más seguro de información y de enriquecimiento que posee el niño.

## los primeros pasos

Probablemente, la más importante adquisición para el desarrollo de la autonomía es el aprendizaje del movimiento ba-



jo el dominio de uno mismo, ya sea arrastrándose, «gateando» o caminando.

Durante los primeros meses, el bebé no puede desplazarse por sí mismo; está condenado a la pasividad, a una total dependencia de los demás. Quizá haya una relación entre este primer año de maduración y la prodigiosa complejidad de las adquisiciones motrices que el niño va a experimentar en el segundo y tercer año.

En primer lugar, la marcha, que le dará la noción del movimiento y del espacio, la visión del relieve y del contorno de los objetos. En el terreno intelectual, el lenguaje, que le pondrá en comunicación con los demás. Estas dos adquisiciones son capitales y se acompañan de modificaciones neurológicas y motrices que persistirán hasta el fin del tercer año. Los psicólogos llaman a éste «período motriz», durante el cual los movimientos del niño van a coordinarse, a ganar en precisión.

Los primeros pasos están, generalmente, precedidos de un período de algunos días, durante el cual el niño se muestra inquieto. Presiente que va a suceder «algo» y tiene necesidad de la presencia de los padres. Son muy raros los niños cuyos primeros pasos no han sido para refugiarse en los brazos maternos.

El niño va, poco a poco, a conseguir levantarse, sentarse solo. La prensión le facilita una gran ayuda: se agarrará a las barras de su «corral» o al borde de la mesa para conseguir mantenerse en pie. Arrastrándose, se desplaza a «cuatro patas» por el suelo, a veces con una destreza y una rapidez sorprendentes.

Durante el período comprendido entre los doce y dieciocho meses, la marcha reemplaza al «gateo» como medio de locomoción. Pese a las dificultades que ello trae aparejadas, parece existir una imperiosa urgencia por adoptar la postura erguida. No es infrecuente, sin embargo, que un niño perfectamente capaz de caminar se dedique a «gatear» sobre las rodillas, en muchas ocasiones. Cuando va de la mano de alguien, sus primeros pasos son cortos y erráticos, dependiendo su equilibrio considerablemente del sostén. Pero, gradualmente, irá ensanchando su base de sustentación, adquiriendo mayor confianza en su propia capacidad de equilibrio.

A los dos años puede recorrer considerables distancias, si no se le apura, caminando con seguridad y mostrando una gran flexibilidad en las articulaciones. Puede subir y bajar un tramo de escalera, usando los dos pies por escalón, y trepar a una silla de adultos.

Posiblemente, la conquista más notable de esta edad es la carrera. La incapacidad de los niños para correr cuando ya pueden caminar, puede obedecer no sólo a la falta de control de la postura adecuada, sino también a la lentitud del tiempo de reacción. Es decir, que no son capaces de anticipar los ajustes necesarios ni de realizarlos con la suficiente rapidez.

Al llegar a los cuatro o cinco años, la marcha ha adquirido gran firmeza. El niño camina con pasos largos, balan-



ceándose, al estilo adulto. Su agudo sentido del equilibrio y la variedad de movimientos de sus manos y pies muestran que está ya casi preparado para emprender las actividades más complejas de los años que siguen.

---

## lenguaje

---

La adquisición de la palabra, mucho más que la del caminar, marca la transición entre el universo concreto y material del niño y el abstracto e intelectual del adulto. El lenguaje le da un nuevo poder para comunicar sus sentimientos a los demás. Carente del habla, está limitado a expresiones puras: llorar, gritar, sonreír, gruñir y gesticular.

Al principio, todas estas formas de expresión forman parte de esa actividad global que hemos descrito a propósito del movimiento. El grito del recién nacido es un ejemplo de ello. Al lado de estos gritos, cuyo significado es el sufrimiento o el desagrado, van a aparecer ciertas vocalizaciones que expresan satisfacción y que están exclusivamente compuestas de vocales. Las consonantes van a aparecer más tarde, hacia los seis meses, pero, al principio, se tratará de lo que se llaman «consonantes anteriores» o labiales: la P y la M. El niño puede repetir estas consonantes asociadas a la vocal A. Es, pues, consciente de una cierta posición de sus cuerdas vocales y de su lengua. Más tarde, estos sonidos silábicos repetidos van a dar nacimiento a las primeras palabras que articula el bebé: papá y mamá.

La adquisición propia del lenguaje activo comienza hacia el final del primer año. Sus primeros esfuerzos consistirán, probablemente, en lo que Gesell llama «jerga expresiva». De la palabra a la frase, la evolución es progresiva y nos parece insensible; pero la suma de adquisiciones es enorme. En el curso del segundo año, el niño se desarrollará más rápidamente que en los diez años que seguirán, y se forjará un instrumento que será para él la llave de sus relaciones sociales, de la cultura y del razonamiento.

El niño de un año articula tres palabras: papá, mamá y una diferente para cada niño, que quiere decir «cosa» o «eso». A los quince meses conoce una media de diecinueve palabras, veintidós a los dieciocho meses y, bruscamente, casi trescientas palabras a los dos años. Es decir, que puede hacerse comprender, más o menos, en todo lo que concierne a las operaciones concretas de la vida. A los veinte meses ya emplea lo que se ha llamado palabra-frase, expresiones tales como «papá-auto», «bebé-como-bien», etc. Más tarde, aparecen los «-bros», y solamente en el curso del tercer año empleará las palabras «de lujo», que son los pronombres, las preposiciones y los adverbios. De este modo progresivo, las bases del lenguaje se establecen firmemente.

En el desarrollo del lenguaje, como en otros dominios, cada niño presenta un ritmo distinto. Algunos resumen todas las etapas descritas en un breve período de aprendizaje y, de repente, se sueltan a hablar con un lenguaje muy adelantado. En otros, el desarrollo parece haberse estancado en un simple balbuceo. Hay niños marcadamente silenciosos y otros, por el contrario, parecen «explotar» y apenas pueden esperar a coordinar las palabras. Alrededor de la época en que aparece la «jerga expresiva», muchos chicos atraviesan un período de imitación en el que, al repetir lo que dicen los adultos, parecen más capaces de entenderlo.

El uso del lenguaje es uno de los mejores índices para la determinación de la inteligencia del niño. Pero sólo se pueden sacar conclusiones con mucha reserva en las primeras etapas del aprendizaje del habla. Porque si es cierto que, por regla general, los niños retardados comienzan a hablar tardamente, ocurre lo mismo en muchos niños con un alto nivel de inteligencia.

Diremos, también, que la vida afectiva influye decisivamente en la adquisición del lenguaje. Los niños tristes hablan poco y, por el contrario, los bebés a quienes un ambiente cordial y alegre incita a vivir y a conocer expresan fácilmente su alegría y su curiosidad. Un chico que confía en su madre desea siempre comunicarse con ella, y este impulso afectivo engendra un esfuerzo mental. Generalmente, los niños que hablan pronto son niños de buena salud, felices de vivir, a quienes se habla a menudo y que oyen hablar a su alrededor. El lenguaje es, pues, función de expansión afectiva del niño, que repercutirá durante todo el período que va hasta la adolescencia.

---

## higiene corporal

---

Durante la primera y segunda infancia, los conflictos a propósito del aseo son frecuentes. Las madres suelen atribuir a este problema una importancia que rebasa los hechos mismos: lavarse, tener unas reglas fijas de higiene son cosas a las que les dan un valor casi de tipo ético.

El niño, por el contrario, no ve en estas exigencias más que un motivo de fastidio, y no le parece demasiado clara la necesidad de someterse a ellas. Divertirse, vivir con pasión, explorar cosas desconocidas significan para él un cierto número de libertades, siendo una de las principales el poderse manchar. El ardor de sus «actividades» puede medirse, casi siempre, por el número de manchas que «constatan» sus ropas y su cuerpo.

Los padres, ante este problema, suelen adoptar una postura rígida, manteniendo al niño en un estado de ansiedad y de oposición, perjudicial para su educación y su higiene personal. El aseo, cuando llega a ser un símbolo de castigo

y de censura, es rechazado por el chico y, en muchos casos, por el adulto que él llegará a ser.

De una manera especial, el problema se plantea durante el segundo y tercer año, época en la que suele conseguirse, progresivamente, la disciplina de los esfínteres. A los valores simbólicos que se atribuyen a las normas de higiene en general, van a añadirse unas incidencias en las que la anatomía juega un papel principal, pero que también están ligadas a la afectividad subconsciente, como han puesto en evidencia (con exageración, a veces) los psicólogos modernos.

El control del intestino puede establecerse, habitualmente, poco después del primer año de edad. Los signos de preparación son la regularidad de movimientos y las señales de anticipación, de los cuales el niño parece ser consciente. Pero el control voluntario, que es el objetivo de la educación, sólo puede lograrse cuando el niño tiene control sobre su esfínter anal y puede reconocer por sí mismo el significado de ciertas excitaciones interiores.

La educación de la vejiga es más difícil de conseguir y tiene dos aspectos: el control despierto y el control durante el sueño. El primero se adquiere, generalmente, alrededor de la edad de dos a dos años y medio, mientras que el control nocturno puede retrasarse un año o más.

Como ha señalado Gesell, el control de la vejiga se presenta en tres etapas: Primero, el niño se hace consciente de «haberse mojado». Con frecuencia, los padres se sienten desconsolados cuando el niño viene hacia ellos, orgullosamente, con el anuncio posterior del hecho. Esto deberán admitirlo como un paso importante en la maduración del bebé y, por tanto, responder con aprobación.

Algo más tarde, cuando se acerca a la edad de dos años, el niño será consciente de que «se está mojado» y puede anunciar este hecho. Dentro de pocos meses, podrá anticipar que «se va a mojar» y, poco a poco, llegará a ser capaz de resolver el problema él solo, a condición de que pueda desvestirse sin ayuda de nadie.

El control nocturno tiene un curso mucho más lento y sólo puede establecerse cuando la respuesta a la tensión de la vejiga, por medio de la contracción del esfínter, es para el niño una costumbre arraigada. Una vez que está seguro de su control despierto, sabe lo que se espera de él y desea cooperar. Unas exigencias demasiado apremiantes perturban al chico y hacen que el control sea más difícil: la ansiedad, la idea del castigo prolongarán y complicarán el proceso. Porque la enuresia, frecuentemente, es un barómetro sensible de cambios emocionales, aunque esto no significa que siempre tenga un origen psíquico. Sin embargo, si la falta de control nocturno se prolonga demasiado (hasta la edad de cinco años, por ejemplo), habrá que buscar una causa física o psicológica.

